

El pensamiento marxista cubano de la década del 30 del siglo XX: creatividad, irreverencia y actualidad

(Primera parte. La originalidad de Mella y Villena dentro del partido)

Daniel Rafuls Pineda

Una mirada breve a la coyuntura histórica internacional en que se desarrolló el movimiento revolucionario cubano de la década del 50 del siglo pasado, nos enseña que este tuvo lugar algunos años después de la victoria de la fuerza aliada contra el fascismo y en medio de un proceso en que el país cuna de la Revolución Bolchevique, la URSS, lideraba un movimiento de fortalecimiento económico y político-militar, al que muchos países de Europa Oriental y Central se habían vinculado.

La integración, casi simultánea, de algunos de estos estados, a organizaciones como el Consejo de Ayuda Mutua Económica; CAME (1949-1991) y el Tratado de Varsovia (1955-1991) sin embargo, no fue ni la continuación de un proceso de **transición política al socialismo** precedido por una **revolución proletaria** en algún país industrializado, ni resultado de victorias populares masivas, lo suficientemente autóctonas, como para **legitimar, políticamente**, el curso ulterior, declaradamente socialista, de varios de esos procesos antifascistas¹. Ello fue consecuencia de la manera en que las **fuerzas gobernantes** de esos países, en correspondencia con la voluntad del liderazgo soviético, iban dando solución a los **conflictos sociales** internos respectivos que estaban apareciendo, y a la necesidad de garantizar, de forma sólida, el **principio de coexistencia pacífica** entre países con gobiernos que defendían regímenes sociales diferentes.

En este sentido, aunque hoy pocos cuestionan que, inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, las **coaliciones políticas** formadas, en la

¹*Aunque el avance de las tropas de la URSS por esos países, realmente, posibilitó la derrota final del fascismo, y contribuyó a la formación de amplias coaliciones políticas (que agruparon desde obreros hasta representantes de las masas campesinas y burguesas) en la mayoría de los estados europeos que habían sido liberados, su presencia indefinida en estos, la forma en que se fueron inmiscuyendo en sus asuntos internos y las propias condiciones políticas, económicas y culturales de esos países (la mayoría de los cuales no contaban con movimientos nacionales, lo suficientemente fuertes, como para dar la traste, de forma independiente, con los regímenes totalitarios presentes en ellos), también influyó en que sus respectivas poblaciones, no asumieran, en general, como justo y conveniente, el inicio de las transformaciones que, ulteriormente, los debía conducir al socialismo.*

mayoría de esos estados (que aglutinaban a sectores, grupos y clases sociales de los más disímiles intereses y objetivos tácticos y estratégicos), no fueran hegemónicamente proletarias (en tanto la **toma de decisiones políticas**, en última instancia, no partía de representaciones genuinas de los sectores trabajadores), sino que respondían a **fuerzas políticas internas**, incondicionalmente pro-soviéticas, o a sectores de la burguesía que aún contaban con considerable fuerza, tampoco hay por qué rechazar la idea de que la presencia de las tropas de la URSS en esos territorios y el conocido control que la dirección del PCUS ejerciera sobre estos, fue un baluarte esencial incluso, para hacer las propias valoraciones teóricas de todos esos procesos políticos.

Este fue el contexto en que muchos académicos de la antigua URSS, decidieron utilizar los conceptos: **revolución** y **dictadura democrático-revolucionaria** (presentes en el aparato categorial del marxismo y de Lenin), como parte de una declarada primera etapa que iba a preceder el inicio del tránsito al socialismo, para explicar las llamadas experiencias socialistas de Europa del Este. Ellas fueron difundidas, inicialmente, como **revoluciones democrático-populares** que “ya no eran capitalistas” pero que “todavía no se habían convertido en socialistas”, y que, por mediación de supuestas **dictaduras democrático-revolucionarias**, irían creando (también en tiempo muy breve) las condiciones materiales y subjetivas necesarias para iniciar la **revolución socialista** y el propio proceso de estatización anticapitalista².

²Estas últimas tesis, difundidas por la Academia Soviética en los términos destacados arriba, no se correspondían con las formulaciones teórico-generales que, con respecto a la revolución y la dictadura democrático-revolucionaria de las masas populares (cuyo núcleo central estaba representado por obreros y campesinos), habían promovido, originalmente, Marx y Engels, y Lenin después en nuevas condiciones históricas. Para estos, aunque lo **popular** de una revolución democrática, estaba vinculado, ciertamente, al nivel de **entusiasmo y participación política** de los más amplios sectores de la población, en la actividad revolucionaria en concreto, su idea de una revolución democrática y popular estaba enmarcada en los límites de una revolución burguesa; es decir de un profundo cambio revolucionario que implicaba, en primer lugar, superar todos los rezagos de feudalismo existentes, y desarrollar todas las formas políticas, económicas y culturales en general que condujeran al fortalecimiento del sistema político capitalista cuyo nacimiento y desarrollo era real e inminente. Un análisis teórico de este tipo sin embargo, aunque podría haberse ajustado a lo que tal vez habría podido ocurrir en algunos de los países más atrasados de Europa, después de la II Guerra Mundial, sin la influencia decisiva de la URSS en ellos, no podía ser compatible con la lógica teórica de aquellos dirigentes políticos, como Stalin, cuyos planes inmediatos y perspectivas, (vinculados, en primer lugar, a la sobrevivencia de la propia URSS), requerían, inaplazablemente, defender, a toda costa, la multiplicación de las experiencias nacionales de construcción del socialismo. La **dictadura democrático-**

Pero aunque es cierto que a partir de las referidas formulaciones teóricas que explicaban las experiencias iniciales post-bélicas de Europa del este cabía espacio para desarrollar otras tesis que, también basadas en Marx, avalaran la existencia de una etapa previa, no socialista, con respecto a Cuba (donde se resolvieron tareas de carácter democrático-burgués)³, tampoco es falso que términos como el de **dictadura democrático revolucionaria de las masas populares** y **revolución permanente** para argumentarla, nunca

*revolucionaria de las masas populares por otro lado, no constituía para los fundadores del marxismo, esencialmente, un gobierno plural conformado sobre la base de una amplia alianza social y de clases (como se interpreta de la formulación teórica soviética que se critica), sino una gran concertación de fuerzas políticas que tenía la misión, en bloque, de presionar al gobierno de turno para eliminar todos los rezagos feudales, que había sido establecida con el objetivo de culminar exitosamente la transición política del feudalismo al capitalismo, y que iba a desaparecer, consiguientemente, cuando la burguesía pasara a convertirse en la fuerza políticamente hegemónica del nuevo Estado. En el contexto de esta lógica, procesos de transformación social, como los que tuvieron lugar después de la Segunda Guerra Mundial, en países de Europa Central y Oriental, con distintos niveles de desarrollo económico y político (que podría distanciar a estados como Alemania y Checoslovaquia, con alto desarrollo de las fuerzas productivas y una burguesía hegemónica dentro de los marcos de un sistema político capitalista, de pueblos como Polonia, Bulgaria o Rumania, con una muy limitada capacidad industrial e instituciones político-jurídicas democrático-burguesas en incipiente proceso de formación), que sustituyeran gobiernos semiburgueses, democrático-burgueses o fascisto-burgueses, por otros más democráticos, pero que no hubieran roto con las estructuras político-institucionales básicas que, claramente, marcaran un cambio del Estado anticuado por otro superior desde el punto de vista de clases, no pueden ser calificados como revoluciones, ni, por consiguiente, se le puede otorgar, de inmediato, un carácter burgués o socialista. Desde el punto de vista de este autor, los conceptos de **revolución democrático-popular** y de **dictadura democrático-revolucionaria de las masas populares**, aplicado por algunos autores a la experiencia de los países de Europa del Este, más que a una valoración teórica de los hechos, consecuentemente dialéctica, respondió, a la predisposición voluntarista de la cúpula de dirección política de la antigua URSS (existente entre los años 40 y 50 del siglo pasado), de no atribuir un carácter democrático-burgués a ningún levantamiento popular que sus propios intérpretes, o principales impulsores, aspiraran a convertir, en breve, en socialistas, lo que, además, llevaba la impronta física decisiva de un agente externo autodenominado comunista; el Ejército Soviético. Esta última propuesta de análisis, por consiguiente, tampoco comparte la tesis de que la revolución socialista (si es que allí tuvo lugar alguna) en que supuestamente derivaron la mayoría de esos países, se inició cuando la propiedad estatal sobre los medios fundamentales de producción se transformó en predominante, sino, en todo caso, cuando el proletariado, tal como lo demostró la Revolución Socialista de Octubre de 1917, llegó a convertirse en la fuerza políticamente hegemónica a nivel de todo el Estado. Algo que, precisamente por la larga presencia de la URSS en esos territorios, no ha sido posible determinar hasta ahora y que difícilmente podrá demostrarse en lo adelante.*

³ Una forma muy parecida de interpretar el carácter de otras revoluciones y de las **alianzas políticas** que podían condicionarlas también ha estado presente en los análisis que se han hecho, tradicionalmente, de los tres primeros años de la Revolución Cubana, En este sentido, los argumentos vertidos acerca de su especificidad, durante la transformación de la revolución **democrático-popular-agraria y antiimperialista** en socialista, han pasado a la historia del pensamiento teórico, como confirmación de las tesis marxista y leninista de la revolución ininterrumpida.

estuvieron presentes, como antecedente teórico o político, en el lenguaje de los principales líderes marxistas del movimiento revolucionario cubano de fines de la década del 20 y de hasta mediados de los años 30 del siglo pasado.

En relación a esto, y mucho antes que aparecieran las primeras propuestas teóricas soviéticas, promovidas después de la Segunda Guerra Mundial, ya ellos habían hecho sus respectivas interpretaciones de las principales ideas de Marx y habían arribado a sus propias conclusiones acerca de cómo conducir la **revolución proletaria** en Cuba y de qué manera encausar los **comportamientos políticos** de las fuerzas revolucionarias antes de la conquista del **poder** y durante los momentos iniciales de la **transición política al socialismo**.

La estrategia de Mella

En ese período, por ejemplo, Julio A. Mella, el más prominente de los hombres de pensamiento y acción revolucionaria vinculados a la fundación del Primer Partido Comunista de Cuba, en medio de un proceso de **maduración política** constante⁴ (que formaba parte de una cultura general de resistencia revolucionaria en Cuba) lanzó su concepción de un frente amplio de lucha contra el imperialismo, que avanzó la implementación de un proyecto plural de **participación política**, poco conocido en la Latinoamérica de entonces.

En este sentido su carta a Gustavo Aldereguía del 18 de septiembre de 1926 tuvo una importancia muy grande. Allí señaló: “La lucha contra el imperialismo de todas las fuerzas y tendencias, desde las obreras y campesinas hasta las burguesas nacionales (aunque estas, en su mayoría, sean capaces de traicionar), es la lucha más importante del momento actual...tenemos el deber de plantear el “problema nacionalista” para unos, el “social” para otros, pero antiimperialista para todos”⁵. Esta afirmación sin embargo, planteada dentro

⁴ *Del que formó parte su propuesta de “...desentrañar el misterio del programa ultrademocrático del Partido Revolucionario, el milagro- así parece hoy- de la cooperación estrecha entre el elemento proletario de los talleres de la Florida y la burguesía nacional...” Julio A. Mella “Glosas al pensamiento de José Martí . Ver: J.A. Mella “Documentos y artículos” Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975 p.269*

⁵ *Compilación citada p.259*

de un contexto donde los países subdesarrollados y dependientes (que, como Cuba, estaban fuera de Europa), requerían de una **teoría política** revolucionaria que diera respuestas coherentes a sus proyecciones inmediatas y futuras, recibió un fuerte rechazo en los medios dominantes en el VI Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en Moscú en 1928.

Durante este evento, entre otros, ocurrieron dos hechos, muy importantes, que tuvieron gran trascendencia en las concepciones teóricas ulteriores sobre las **revoluciones proletarias** en general y las **alianzas políticas**, en particular: primero, se consideró a todas las burguesías nacionales incondicionales aliadas del imperialismo, lo que contribuyó al lanzamiento de la **táctica política** de lucha de “clase contra clase” y después, que aunque los países latinoamericanos, en el **programa político** aprobado, también eran considerados dependientes, ellos fueron distinguidos del grupo de colonias y semicolonias solo en la medida en que eran estados “ (...) con ciertos gérmenes de industria, y a veces con un desarrollo industrial considerable, pero insuficiente, en la mayoría de los casos, para una edificación socialista independiente (...)”⁶

Esto, planteado en esos términos, al tiempo que rechazaba cualquier tipo de **alianza** con **fuerzas políticas** que representaran a algún sector de la burguesía, también hacía indispensable “todo un período de transformación de la revolución democrático-burguesa en revolución socialista”⁷ que marcaba, claramente, (para Cuba y otros países dependientes) la necesidad de dos etapas antes de arribar a la fase socialista: una primera, encabezada por las burguesías autóctonas para dar cumplimiento a medidas de liberación nacional que determinaran la erradicación del control foráneo del país y, otra, para implementar las tareas de liberación social que contribuyeran a superar el capitalismo y que fueran implementadas bajo la **dictadura del proletariado**.

⁶ B. Koval “Movimiento obrero en América latina (1917-1959)”. Editorial Progreso, Moscú, 1985 p.30.

⁷ Ver: Programa y Estatutos de la Internacional Comunista (en ruso) , Moscú, 1936 pp. 126-12. Estas ideas, desarrolladas, sobre todo, por el dirigente del secretariado latinoamericano de la Internacional Comunista; Humbert Droz. fueron analizadas con mayor profundidad en las **Tesis para la discusión**, cuyo proyecto se sometió a la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana efectuada en junio de 1929 en Buenos Aires.

Pero el líder del proletariado cubano, de esa época, a este respecto, también tenía otro punto de vista que ya había enunciado desde 1924. Para él, la existencia de contradicciones entre burgueses y proletarios, a nivel internacional, indicaba que “La causa del socialismo, en general (...) es la causa del momento en Cuba, en Rusia, en la India, en los Estados Unidos y en China. El sólo obstáculo es saberla adaptar a la realidad del mundo”⁸. Por eso, asimismo coherente con esta otra idea, en 1928 él rechazó el lema de la llamada Alianza Revolucionaria Popular Americana (ARPA)⁹ que asumía el “Frente Único contra el imperialismo” como la simple “unión de los obreros, campesinos y estudiantes, contra el imperialismo yanqui, por la unidad política de América Latina, para la realización de la Justicia Social” que, aparentemente, no debía tener fundamentos estratégicos de clase alguno.

Para Julio A. Mella, en la concepción de **alianzas políticas** enarbolada por Víctor Raúl Haya de la Torre al frente del ARPA, “Por ninguna parte aparece el principio fundamental en la lucha social: *la hegemonía del proletariado* y la aplicación de su *dictadura* para la realización del socialismo”¹⁰.

Precisamente a comienzos de ese mismo año, el líder revolucionario cubano, en correspondencia con la voluntad unitaria de José Martí y, al mismo tiempo, con las tesis del II Congreso de la Internacional Comunista promovidas por Lenin en 1920, funda la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos (A.N.E.R.C.).

En este sentido, aunque el Programa de la ANERC¹¹ se hace público como “el primer conjunto de proposiciones políticas, económicas y sociales capaces de constituir una base común para la integración de un frente único, nacionalista, democrático y antimachadista”¹², y aparenta tener, sólo un trasfondo

⁸ Julio A. Mella “Los nuevos libertadores”. *Compilación citada p. 124*

⁹ El ARPA, o también llamado APRA, fue un movimiento nacido de un grupo de estudiantes, que liderado por Víctor Raúl Haya de la Torre, llegó a tomar grandes dimensiones en el ideario político- popular en Perú. Con el de cursar del tiempo, su líder comenzó a atacar a la revolución rusa y a los comunistas, y pasó a ocupar claras posiciones antimarxistas. Las que fueron criticadas en su momento por Mella y por José C. Mariátegui.

¹⁰ Julio A. Mella “La lucha revolucionaria contra el imperialismo ¿Qué es el ARPA?” *Compilación citada p.377.*

¹¹ Publicado en ¡Cuba Libre! (para los trabajadores), Año I, No.2, México D.F., Julio de 1928.

¹² Lionel Soto “La Revolución del 33”. *Editorial Pueblo y Educación. Tomo I p.488. En este texto el autor también esboza los cinco aspectos principales que entraba a considerar el*

democrático-burgués, su lectura minuciosa indica que su promotor principal otorga un papel esencial, y a largo plazo, a las masas obreras y campesinas.

Así mientras en el acápite que, especialmente denomina la “Cuestión Obrera”, invocaba al reconocimiento del derecho a huelgas, al salario mínimo y a otras demandas básicas, tradicionalmente exigidas por este sector social a los regímenes capitalistas de turno, en el acápite dedicado a la “Cuestión Política” propone la creación “de las Milicias Populares Voluntarias, a base de las organizaciones proletarias y campesinas para la Defensa del País, de la reacción nacional e internacional”¹³, lo que constituye una prueba evidente de su defensa del principio de la **hegemonía política del proletariado**¹⁴.

Estas valoraciones de Mella formaban parte de su convicción de que en América Latina, como en otras regiones, estaban dadas las condiciones mínimas necesarias para iniciar el proceso de transformación de las relaciones de producción capitalistas en socialistas, pero no de manera abrupta, sino transitando también por distintas etapas. Particular interés en su concepción acerca de este último tema se puede percibir de lo que se expresa en su trabajo “Sobre la misión de la clase media” escrito entre noviembre y diciembre de 1928.

En este texto él deja claramente sentados dos lapsos de tiempo muy importantes¹⁵ que constituyen una verdadera síntesis del pensamiento de José

Programa.

¹³ Lionel Soto. *Obra citada pp. 489-490.*

¹⁴ Aunque el concepto hegemonía, fue empleado, explícitamente, por primera vez, en 1901, en una carta de Axelrod a Struve para destacar la posibilidad de que la socialdemocracia en Rusia pasara a jugar el papel dirigente en la revolución democrático-burguesa que entonces se gestaba, y también tuvo un desarrollo creador en otros autores como Gramsci (que lo utilizó, por un lado, para advertir los compromisos de un grupo revolucionario que es preponderante sobre el resto de sus aliados y por otro, para explicar el papel de la burguesía en la sociedad italiana y su relación con la categoría dominación), este término será utilizado en este trabajo, sobre todo, en el sentido de cuota mayoritaria de poder; es decir, como el concepto que parte de que, en cada estado, varias clases pueden tener determinado nivel de participación en la toma de decisiones políticas, pero sólo una tiene el peso político más importante. Por eso, en un estado capitalista, la hegemonía política debe ser burguesa, en tanto en un estado que transita al socialismo, la cuota mayoritaria de poder debe corresponder al proletariado o a los trabajadores

¹⁵ Julio A. Mella *Obra citada. Compilación citada p. 481* En este trabajo, dirigido esencialmente a prever el caso mexicano, Mella hacía extensivo el acceso al socialismo a la acción conjunta contra el imperialismo, por parte de los pueblos de las repúblicas latinoamericanas, que sería triunfante con el apoyo del proletariado americano, del de la URSS y del resto del mundo.

Martí y Carlos Marx sobre el desarrollo de la revolución. Uno inicial, antes de acceder al **poder**, donde debe tener lugar una acción militar, fundamentalmente, contra el Gobierno de los Estados Unidos y sus aliados en el continente: la burguesía y los gobiernos que hoy rigen estas repúblicas. Y otro momento posterior, más largo y difícil (derivado de una estructura política y económica capitalistas dependientes) para atraer hacia el socialismo a toda la clase media, que podía ser logrado, por ejemplo, a través de lo que fue la NEP en Rusia (lo que indica que en la concepción del líder comunista cubano, como en la del propio Lenin, el tránsito del capitalismo hacia el socialismo, no necesariamente implicaba excluir de la dirección de los procesos productivos a todos los sectores de la burguesía).

Villena: entre la disciplina partidista y la necesidad de un cambio táctico.

Otro importante líder comunista cubano que marcó su impronta en el inicio de la revolución socialista en Cuba, fue Rubén Martínez Villena. Él se acerca al pensamiento de José Martí, desde la visión liberal burguesa de los fundadores del Movimiento de Veteranos y Patriotas, y, con la ayuda de Julio A. Mella, se convirtió en marxista¹⁶.

Aunque en vida de Mella, su sucesor en el **liderazgo político** del proletariado cubano, parece aceptar, sin grandes cuestionamientos, los planes insurreccionales que el primero pretendía ejecutar a través de la ANERC¹⁷, luego de su muerte, el segundo considera que a ese proyecto de acción

¹⁶ Según Raúl Roa en su libro “El Fuego de la semilla en el surco” (Editorial Letras Cubanas C. Habana, 1982 p.81-86) el primer encuentro de Villena con las ideas de Marx, se produjo, probablemente, por las constantes discusiones que sostuvo con Mella. Su **activismo político** por otro lado, que se inició con la Protesta de los Trece, lo lleva a fundar, en abril de 1927, la Revista América Libre, donde comenzó a publicar su ensayo “Cuba factoría yanqui”, considerado, hasta hoy, como el primer intento de interpretación marxista de la dominación política y económica norteamericana en Cuba En septiembre de ese mismo año Villena ingresa al PCC y, como tal, comienza a cumplir funciones en calidad de asesor legal de la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOC).

¹⁷ En la citada obra de Roa (p.309), este asegura que, a mediados de 1928, Mella, a través de un mensaje, había hecho saber a Villena los planes insurreccionales que él preparaba.

popular, era imposible darle seguimiento¹⁸, lo que puede haber sido consecuencia de la voluntad expresa de la Internacional Comunista.

Parte importante en el papel que Villena le otorgaba a la clase obrera cubana, en el proceso de **socialización política** para articular la lucha popular contra Machado, lo tienen sus palabras expuestas en el Programa de Reivindicaciones de la CNOC (presentado al proletariado en noviembre de 1929¹⁹) y en los Manifiestos del Comité Central del PCC, de enero de 1930²⁰ y de marzo del mismo año²¹.

Mientras en el primero de los documentos mencionados por ejemplo, el líder comunista rechazaba las acciones obreras reformistas y, al mismo tiempo, invocaba a un programa unitario de **concertación política** del proletariado, alrededor de la CNOC (que incluía la exigencia al gobierno para dar solución a todas las necesidades esenciales de los trabajadores asalariados cubanos), en los otros dos textos, se hablaba, concretamente, de la única forma en que el proletariado unido, según el PCC, podría lograr satisfacer, globalmente, sus demandas sectoriales.

En el Manifiesto de enero Rubén denuncia al Partido Unión Nacionalista como agente político del imperialismo y, por primera vez, convoca a una **revolución obrera y campesina**, cuyo objetivo principal sería el “derribamiento del régimen capitalista y la instauración de la dictadura del proletariado, para expropiar a los expropiadores y edificar la sociedad socialista (...)”²². Es el momento en que el partido y la CNOC convocan a la exitosa huelga de marzo

¹⁸ *La discontinuación de esa táctica no sólo era evidente por la falta del líder que la convocó, sino porque dentro del PCC no se habían saldado todas las dudas acerca de sus beneficios para dar cumplimiento a los objetivos de lucha del proletariado. Tan polémico fue el apoyo de los comunistas cubanos a mantener la cuestión de la alianza, con las fuerzas nacionalistas, que el tema se llevó a discusión en la Primera Conferencia de Partidos Comunistas de América Latina que se celebró en Buenos Aires en junio de 1929 (Ver: “El Movimiento Revolucionario Latinoamericano”. Versiones de la primera Conferencia de Partidos Comunistas de América Latina, Junio de 1929. Editado por la Revista La correspondencia Suramericana, Buenos Aires. 1929).*

¹⁹ Ana Núñez Machín “Rubén Martínez Villena” *Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, 1974 pp.380-388.*

²⁰ *Idem pp. 201-204*

²¹ *Idem pp. 389-391*

²² *Idem, p.198*

de ese año y a las importantes manifestaciones populares que tuvieron lugar para celebrar el primero de mayo.

Por su lado las palabras de Villena, a nombre del PCC, con motivo del “Día Continental de Desocupado”, que constituyó el llamamiento oficial a la huelga convocada para el mes de marzo, fue la confirmación de su invocación a la **revolución obrera**. Allí, a la par que exhortaba a luchar “por la abolición del régimen capitalista, por la implantación de un gobierno obrero y campesino”, también proclamó la consigna marxista de “¡Proletarios de todos los países, Uníos!”²³.

Tales aspiraciones de Villena que finalmente no pudieron ser ejecutadas en la práctica, llevaron a que los comunistas, una vez culminada la exitosa huelga de marzo de 1930 y las importantes manifestaciones populares por el Primero de Mayo (dirigidas por el PCC y la CNOOC), decidieran brindar su apoyo crítico a la Unión Nacionalista (PUN). Esta consideración, vinculada a dar respaldo a una huelga general (convocada por el PUN para el 20 de octubre de ese mismo año) planificada por un **partido político** que representaba intereses de clases distintos, constataba que la dirección del PCC, una vez comprobado que la **revolución obrera** no podría consumarse de manera inmediata, tenía que crear un frente común de lucha contra Machado que le diera participación en la fase democrático-burguesa de la revolución.

Pero el fracaso de esta acción popular (la huelga) y el aumento de la represión machadista por su causa, propició que la Internacional Comunista (IC) criticara la táctica comunista de apoyo al PUN y encabezara un proceso de sustitución de buena parte de los integrantes del Comité Central del PCC (decisión que trajo consigo un nuevo viraje en la concepción de lucha de esta organización política).

La idea de un “Frente Único en la base” que, en correspondencia con la táctica de “clase contra clase”, concibiera excluir todo tipo de **acción política**, “por arriba”, con partidos burgueses y pro imperialistas, requería de **comportamientos políticos**, para el cumplimiento de tareas sólidas y concretas, que las fuerzas revolucionarias no estaban preparadas para asumir en Cuba de forma inmediata. Por eso, a fines de 1930 (según reconoce el

²³ *Idem pp.390-391*

propio PCC²⁴), al mismo tiempo que los militantes comunistas esclarecían, en las nuevas condiciones históricas, el **carácter agrario y antiimperialista de la revolución**, también consideraban muy importante orientar su trabajo hacia los sectores básicos del proletariado, el campesinado, las capas pobres de la burguesía urbana y los negros, lo que indicaba un paso más hacia la maduración subjetiva de la revolución.

Esta forma de entender la nueva táctica de lucha, acorde a las orientaciones de la IC, condujo a la dirección del PCC a asumir el arribo al socialismo, estratégicamente, a través de dos etapas: una primera que llamaron revolución agrario-antiimperialista que excluía compartir el gobierno con sectores de la burguesía, pero que podía coexistir con algunos de ellos “en la base” (como contrapartida a Machado), y otra, que confirmaron como revolución socialista, donde las expropiaciones y nacionalizaciones en perspectivas (conversión de la propiedad privada en estatal), no sólo no podrían ser concertadas con ningún sector de la burguesía, no existente dentro del gobierno, sino que también darían fin a la coexistencia con ellos “en la base”.

En este sentido aunque desde el punto de vista teórico²⁵ el nuevo viraje, por un lado, desechó el concepto prevaleciente anteriormente, que definía el carácter de la revolución cubana como el de una **revolución proletaria** (con la consiguiente transformación radical de su base económica), por otro, la idea de la **revolución agraria y antiimperialista**, en los términos en que había sido concebida, también resultaba errada.

²⁴ CC PCC: “El PCC como dirigente de la lucha de las masas y el carácter de la oposición de los renegados del grupo de Junco”, Archivo Instituto de Historia de Cuba. Fondos. Primer Partido Comunista de Cuba.

²⁵ Como explica Lionel Soto en “La Revolución precursora de 1933”: “En el ángulo teórico, ese viraje desechó el concepto prevaleciente anteriormente que definía el carácter de la Revolución Cubana como el de una revolución proletaria y en el que se subestimaba el papel del campesinado y de la pequeña burguesía urbana”. Obra citada, Editorial Si-Mar, S.A., Ciudad de la Habana, Cuba, 1995, p.347. Llama la atención que aunque en esta misma última página citada, que refiere a otro documento-fuente (el folleto del CC del PCC: El Partido Comunista y los Problemas de la Revolución Cubana, s/f, pero evidentemente publicado entre abril y mayo de 1933), el autor habla de “la alianza de la clase obrera y el campesinado...” y del “establecimiento de la dictadura democrática revolucionaria de los obreros y campesinos”, para lograr la “victoria de la Revolución Agraria y Antiimperialista”, al mismo tiempo no hay nada que justifique que la mencionada tesis de dictadura democrática fue defendida, personalmente, por Villena (que en esos momentos se recuperaba en un sanatorio de Moscú), lo que lo exonera, al menos por escrito, de compartirla

Las nueva tesis de Villena y del PCC que compartían la suposición de la IC de que la revolución socialista, en condiciones de dependencia colonial y semicolonial, sólo podía corresponder a una etapa superior de luchas de clases (a donde se podría arribar en tiempo breve) que podría ser acelerada, los lleva a asumir que durante la primera etapa antiimperialista, el gobierno, también, tendría que ser, obligatoriamente, de obreros y campesinos, y estar orientado bajo la exclusiva dirección política del partido comunista.

Esta manera de concebir el **poder político** (solo mediante un “Frente Único por la base” y no “por arriba”) que marginaba totalmente de la **toma de decisiones políticas** a la oposición burguesa antimachadista, pero también a otras fuerzas revolucionarias no comunistas (los sectores democráticos de la pequeña burguesía urbana por ejemplo), era en extremo sectaria y, lamentablemente, lejos de consolidar la **oposición política** unitaria contra el gobierno, la debilitaba²⁶.

Los últimos acontecimientos vinculados a la derrota de la tiranía machadista sin embargo, dieron un vuelco a la táctica de Rubén para acceder al **poder**. En ese contexto hay que reconocer que si bien a principios de agosto de 1933 él, como la mayoría de sus compañeros de militancia política, no esperaba que los hechos que se estaban gestando en el país pudieran rebasar las simples demandas económicas del pueblo, también es justo destacar que próximo al momento de la caída del régimen, sus propuestas, a diferencia de las exigencias de la Internacional Comunista y del Buró del Caribe, colocaron en primer plano la lucha abierta contra el imperialismo y no contra los latifundistas y burgueses nativos.

Con esta decisión, que también implicó el rechazo al establecimiento de los soviets dentro de una **revolución agraria y antiimperialista**²⁷ que parecía inminente y que derivó en la solicitud de sanciones a su persona, Rubén retomaba para sí la más importante herencia de lucha legada por Mella: la unidad de todas las fuerzas antiimperialistas (desde las obreras, hasta las de

²⁶ *Un análisis preciso de las virtudes y errores del PCC sobre la táctica para llevar a la práctica la revolución obrera y antiimperialista puede ser apreciado en “El fuego de la semilla en el surco” de Raúl Roa. Editorial Letras Cubanas, Ciudad de la Habana, 1982, pp.477-488*

²⁷ *Ver: Angelina Rojas Blaquier. “El Primer Partido Comunista de Cuba. Sus tácticas y estrategias, 1925-1935, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2005, pp.190-198.*

algunos sectores de la burguesía) como fundamento de clases de una amplia ***alianza de fuerzas políticas*** que, a través de distintas etapas, podría derivar, ulteriormente, en la soñada sociedad socialista.